

nombró sucesor. Dos días más tarde falleció Gómez, el gabinete ratificó la decisión tomada y asentada en el acta respectiva cuarenta y ocho horas antes; g) para establecer el tipo de Presidente que López quiso ser, Polanco se refiere a la manera cómo éste se preparó para serlo (p. 117), y en qué modelos se basó para ser el Magistrado que quiso ser; h) ilumina la “compleja relación entre López y el Presidente Gómez” (p. 96), que es la que nos explica por qué López llegó al gobierno y cuáles fueron las convicciones que puso en práctica desde Miraflores, que son en el fondo las que lo singularizan en nuestra historia; i) el certero análisis que Polanco realiza tanto de su Presidencia como especialmente de aquello que denomina “la técnica de gobierno usada por López” (p. 148); j) de especial profundidad en el examen que nos ofrece Polanco en torno a los por qué del ex Presidente en volver a lanzarse otra vez como Candidato. Fue ésta una de sus horas más oscuras, pues pese a desear, con legítimas intenciones, seguir sirviendo al país no se dio cuenta el grave error que cometía al pretender retornar a la Presidencia. Pero no lo comprendió sino después “de haber vivido en carne propia, los graves problemas que le ocasionó tratar de volver a la vida pública el año 1945 mientras que alcanzó el máximo de respeto y consideración colectiva cuando quedó convencido de que su actuación pública había cesado a pesar de los años de vida que le faltaban” (p. 292). Las largas reflexiones que consigna Polanco sobre las aspiraciones de los ex Presidentes de retornar al poder, fuera de lo seriamente fundamentadas que están, son de una actualidad innegable; k) es aguda la parte que dedica Polanco al estudio de la relación de López con quien fue su “principal opositor” (p. 301). Se refiere, claro está, a Rómulo Betancourt quien desde el mismo año treinta y seis calibró la personalidad de López y reconoció las características de su administración. Esto fue posible porque como lo indica Polanco ya era entonces Betancourt un político preparado (p. 159), formación que pocos poseían en la Venezuela de aquellos días. Y esto lo expresó Betancourt en una carta que dirigió a López antes de salir del país (Caracas: octubre 24, 1939) al exilio al que lo envió el mismo López. Muchos de los biógrafos de Rómulo soslayan tan significativa misiva que conocemos porque López la publicó en uno de sus libros (*El triunfo de la verdad*. México: Genio Latino, 1949, pp. 259-260).

Caracas, septiembre 18-octubre 9, 1985.

“EPONOMIA LARENSE”. — FRANCISCO CAÑIZALES VERDE. — Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983. 112 p. (Col. El Libro Menor, 38).

Como un homenaje a la tierra de Lara se yergue este volumen donde la pluma de Francisco Cañizales recoge la vida y obra de las figuras insignes nacidas en esa región. Hombres partícipes de la gesta patriótica, hombres que han dado sus nombres a esa tierra y la han llenado de orgullo. Desde Juan José Alamo, activo partícipe de eventos magnos como el 19 de Abril de 1810 y el 5 de

Julio de 1811, pasando por Jacinto Lara, cuya vida y gesta heroica selló con su nombre la tierra donde nació. General y prócer del que el autor destaca sus principales campañas, sus “virtudes paradigmáticas”, y el conjunto de una pasión de libertad imborrable en la memoria de sus compatriotas. Florencio Jiménez que se aúna al fulgor del valle de Quíbor. Y desde Carora la figura emancipadora de Pedro León Torres, surge indiscutible. Asimismo, Cristóbal Palavecino, que participó en la campaña de Coro, en la batalla de los Cerritos y la de Mucuritas, entre otras, donde no faltó nunca su entrega y gallardía para servir la causa de la libertad. También presente, el héroe de Corpahuaico, Trinidad Morán, Juan Guillermo Iribarren y el detalle de sus méritos, concluyen el trabajo. El autor rescata buena parte de la historia de Lara y por ende de Venezuela, con un tono exaltado de pasión patria que recorre por igual cada uno de los ensayos recopilados en este volumen del Libro Menor.

S. M.

“CARRIEL NUMERO CINCO”. — ELISA LERNER. — Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983. 151 p. (Col. El Libro Menor).

La particular y aguda prosa de Elisa Lerner, y esa justa capacidad que la autora siempre ha mostrado a lo largo de su carrera literaria, para manejar situaciones y perfiles humanos, se deja sentir en este libro con toda su ironía. Prologado por Ramón J. Velásquez, *Carriel Número Cinco* reúne narraciones de impecable estructura, donde la voz femenina no deja de dar un matiz singular a la visión de mundo que rodea el conjunto del libro. Son situaciones cotidianas, de la calle, de lo que se ve en la calle, del lado equívoco, el de la caricatura, donde se cuelan las voces de esta mezcla de paradójicos elementos, de hábitos y costumbres que concurren en el retrato del caraqueño. Pero Caracas, es apenas una excusa, aunque la más constitutiva, es el paisaje, el contexto, pero el sentido de lo humano se conforma más allá de la contingencia de la ciudad y sus ciudadanos mayameros, confusos entre John Travolta y el sonero del caribe, es el hombre común el que da vuelta en estas páginas y se pasea cómodamente en las torpezas de su vida. La mujer “cieguita” del Country y su maridito, las reuniones “femenino-literarias” y la mordaz conclusión final: “En mi personilla, el sufrimiento de la gordura y el sufrimiento del arte se convierten en la misma cosa”. Todo esto, logrado a través de un lenguaje efectivo y directo, de diálogos precisos, del compendio de aptitudes que muestra la escritora Elisa Lerner y hacen de la lectura de su libro un curioso placer, el ameno y paradójico recorrido por los rostros de nuestra miseria, de nuestra vida, de nuestra forma de ser venezolanos, de nuestras mezquinas soledades y nuestros dioses deshilachados en mustias nostalgias. “La Caracas de los años cuarenta, tan pequeña y tan humana, quedándole todo cerca —con todo a la mano— acaso no estuvo muy lejos de la belleza y del temblor del mundo”.

S. M.